

A TRAVÉS DE LA AMISTAD

Del libro para miembros del Opus Dei: CUADERNOS 7: VOCACIÓN Y APOSTOLADO

A TRAVES DE LA AMISTAD

Todos los dones sobrenaturales que el Señor entrega al hombre, se edifican sobre la naturaleza; inciden en la condición humana, y la respetan al mismo tiempo que la sanan y la elevan. Creemos con el mismo entendimiento con el que formamos las ideas y conceptos, iluminado por la fe; amamos con el mismo corazón por el que nos inclinamos hacia tantos bienes, potenciado por la caridad teologal. *El corazón de un cristiano —decía nuestro Fundador—, cuando ama se agranda; se llena de amor sobrenatural y también de amor humano: porque, si no es humano, tampoco puede ser sobrenatural*¹.

El apostolado consiste en acercar a los hombres a Cristo. Su fin es sobrenatural. Pero —según la enseñanza de nuestro Padre— se engarza con un elemento humano que Jesucristo no quiere que falte: la amistad. *El Señor quiere servirse de nosotros —de nuestro trato con los hombres, de esta capacidad nuestra, que nos ha dado El, de querer y de hacernos querer—, para seguir haciéndose El amigos en la tierra; como se sirvió de Juan el Bautista para encontrar al otro Juan, el que iba a ser el amigo predilecto*².

(1) De nuestro Padre, *Crónica*, 1973, p. 99.

(2) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1932, n. 75.

Los amigos de Jesús

La vida de Jesucristo está llena de ejemplos de amistad sincera. Jesús era amigo de sus discípulos, que tenían muy fuertemente grabado este convencimiento. Cuando no entendían algo, se acercaban a El con confianza: *explícanos la parábola*³, le piden en una ocasión. Y el Señor les toma aparte para desvelarles el contenido de sus enseñanzas. Participaban de sus alegrías y de sus preocupaciones; y recibían aliento y ánimo cuando lo necesitaban. Jesús cuidaba de ellos con solicitud de amigos, también de su descanso físico: *venid a retiraros conmigo a un lugar solitario* —les dice en una ocasión—, *y reposaréis un poquito*⁴. Y cuando Jesucristo, Señor Nuestro —son palabras de nuestro Padre—, quiso manifestar su cariño a los Apóstoles, les anunció: *vos autem dixi amicos* (Ioann. XV, 15): *sois ya mis amigos. Les llama amigos, que es la palabra de más cariño que puede decir una criatura cuando trata a otra*⁵.

A Jesús le gustaba conversar con las personas que acudían a El o con las que se encontraba en el camino. Aprovechaba ese diálogo para llegar al fondo del alma y llenarla de su amor. Nos lo muestra el Evangelio en muchos episodios. En cierta ocasión, Nicodemo se acerca a Jesús de noche, en confidencia: *Maestro —dice aquel hombre, varón principal entre los judíos—, sabemos que has venido de Dios para enseñarnos; porque ninguno puede hacer los milagros que tú haces, si no tiene a Dios consigo* (Ioann. III, 2). *Jesús le responde, hijos míos, con una frase que aparentemente no tiene nada que ver con lo que dijo Nicodemo, pero que atrae su atención y le capta; provoca el diálogo de su interlocutor: pues en verdad, en verdad te digo que quien no naciere de nuevo no puede ver el reino de Dios* (Ioann. III, 3).

Así empezó la conversación, que ya sabéis; conocéis igualmente el resultado: a la hora del fracaso de la cruz, allí estará Nicodemo, para pedir valientemente a Pilatos el Cuerpo del Señor.

(3) *Matth.* XIII, 36.

(4) *Marc.* VI, 31.

(5) De nuestro Padre, Tertulia, 4-XI-1972, en *Dos meses de catequesis*, I, p. 334.

Pero ¿y la Samaritana? ¿Acaso Jesucristo no hace igual, comenzando a hablar con ella, tomando la iniciativa, a pesar de que non enim coutuntur Iudaei Samaritanis (Ioann. IV, 9), a pesar de que no había trato entre judíos y samaritanos? Jesús habla de lo que sabe que interesa a aquella mujer, del agua que todos los días ha de ir a buscar fatigosamente al pozo de Jacob, de un agua viva, tan portentosa que qui autem biberit ex aqua, quam ego dabo ei, non sitiet in aeternum (Ioann. IV, 13), que el que la bebiera nunca jamás tendrá sed.

Los frutos del diálogo de Cristo aparecen también en el Evangelio: la conversión de aquella pecadora, la transformación de su alma, que se hace alma apostólica ⁶.

La amistad brota del Corazón Sacratísimo de Jesucristo de modo espontáneo, en cada circunstancia de su vida, con todas las personas que tiene ocasión de tratar. Y como fruto se opera el acercamiento a Dios. Por eso, quien no vea la eficacia apostólica y sobrenatural de la amistad, se ha olvidado de Jesucristo: ya no os llamo siervos, sino amigos (Ioann. XV, 15). Y de la amistad con sus apóstoles, con sus discípulos, con la familia de Betania: con Marta, María y Lázaro. Y de aquellas escenas que nos cuenta San Juan, antes de la resurrección de Lázaro, aquel et lacrimatus est Iesus: olvida las palabras llenas de confianza de las dos hermanas cuando quieren comunicar a Jesucristo la enfermedad de Lázaro, y le envían este mensaje: Señor, mira que aquél a quien amas está enfermo (Ioann. XI, 3) ⁷.

Los pasos de la amistad

Un amigo fiel es poderoso protector; el que lo encuentra halla un tesoro. Nada vale tanto como un amigo fiel; su precio es incalculable ⁸.

Estas palabras divinamente inspiradas nos dan la medida del valor de la amistad. Al mismo tiempo, indican que hay que seguir unos pasos

(6) De nuestro Padre, Carta, 16-VII-1933, n. 18.

(7) De nuestro Padre, Carta, 9-I-1932, n. 33.

(8) Eccli. VI, 14-17.

determinados; es necesaria una *búsqueda*, para conseguirla. Tenemos el ejemplo del Señor, que *nos llama amigos y El fue quien dio el primer paso; nos amó primero. Sin embargo, no impone su cariño: lo ofrece* ⁹.

La amistad comienza con un encuentro personal, que comporta un cierto conocimiento aunque sea superficial. El que busca la amistad de otro, ya tiene en su corazón alguno de los sentimientos que caracterizan esta relación; por eso hace un ofrecimiento. Pero todavía no se puede decir que haya una verdadera amistad. Faltan algunos de sus componentes esenciales. La amistad —explica el Padre— *no es decir: yo conozco a fulano, que estudia en mi Facultad o que trabaja conmigo. No, eso es ser compañeros. Tampoco significa que haya amistad cuando uno dice: yo conozco a mengano, y le invito a un retiro, a un curso de lo que sea... No, eso es ser conocidos. Ser amigos es mucho más* ¹⁰.

La amistad se edifica con el trato, un trato asiduo, aprovechando las relaciones, gustos, aficiones, circunstancias de estudio y de trabajo, etc., que son comunes. *Se comienza hablando de los hijos o de la mujer, del trabajo o de un recuerdo de la juventud —todavía más joven que la actual—, y se acaba donde tú quieras... con la gracia de Dios. Y si no, insiste* ¹¹.

Hay que insistir porque, a veces, las personas carecen de la experiencia de la amistad, y quizá tiendan a conformarse con lo que sería sólo un conocimiento y un trato superficiales. En otras ocasiones, a esta ignorancia se une el egoísmo: no se quiere salir del círculo del propio yo, donde la pobreza de ideales y de afectos se busca compensar con la comodidad, con la inercia, con el aburguesamiento. No se les debe dejar por eso. Hay que seguir esta indicación del Padre: *si uno manifiesta noblemente sus sentimientos y es leal, si sabe sacrificarse por los otros, al fin ocurre lo que escribía San Juan de la Cruz: donde no hay amor, pon amor, y sacarás amor. También podría decirse: donde no hay amistad, pon los sentimientos nobles de la amistad y sacarás amistad* ¹².

Hay que dar amistad, aunque no hubiera intercambio en un primer

(9) *Es Cristo que pasa*, n. 93.

(10) Del Padre, Tertulia, 10-IX-1979, en *Crónica*, 1979, p. 1013.

(11) De nuestro Padre, Tertulia, 1-VII-1974, en *Catequesis en América*, II, p. 71.

(12) Del Padre, Tertulia, 11-IX-1979, en *Crónica*, 1979, p. 1014.

momento; sin desánimos, alejando la tentación de quedarse en ese nivel de superficie que no llega a penetrar el corazón. La iniciativa en este caso es siempre de quien mira a un fin apostólico; ya llegará el momento en que el otro comience a corresponder. *Abre tu corazón al amigo para que te sea fiel y te comunique la alegría de la vida (...). Respétale como a otro yo, y no tengas miedo a ganártelo con tus favores, porque la amistad no admite la soberbia (...). No le abandones en el momento de la necesidad, no le olvides, no le niegues tu afecto (...). Ayudémosle con nuestros consejos, unamos nuestros esfuerzos a los suyos, participemos de sus aflicciones*¹³.

Es preciso ser constante en esta tarea: hasta que ceda su corazón.

Características de la amistad

*No todo amor tiene razón de amistad, sino el amor que entraña benevolencia, es decir, cuando de tal manera amamos a alguien, que para él queremos el bien*¹⁴. La amistad es, pues, desinteresada, pues más consiste en dar que en recibir; no busca el provecho propio, sino exclusivamente el bien del amigo. Se entiende, por tanto, que no pueda hablarse de amistad cuando la razón de la unión de afectos e intenciones es el mal. *La amistad debe llevar a actuaciones leales en la vida, porque el amigo no puede ni debe ser un cómplice. Se es cómplice para cometer delitos, para hacer cosas vergonzosas*¹⁵.

Además es necesaria una segunda condición: *que el amor sea mutuo, pues el amigo es amigo para el amigo*¹⁶; es decir, tiene que haber correspondencia. Se debe crear un intercambio de bienes que salte los límites de la propia personalidad: si no, esa relación podría ser caldo de cultivo del egoísmo, de la propia complacencia, e incluso de la sensualidad. La amistad implica depender unos de otros, sacrificio de unos

(13) San Ambrosio, *De officiis ministrorum* III, 22, 128.

(14) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 23, a. 1.

(15) De nuestro Padre, Tertulia, 4-XI-1972, en *Dos meses de catequesis*, I, p. 334.

(16) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 23, a. 1.

por otros, *apertura de alma*¹⁷: aleja las acciones y pensamientos demasiado centrados en uno mismo.

Por último, la amistad humana *ha de ser verdadera y hasta la última consecuencia, que es la comunicación de los sentimientos*¹⁸. Esa comunicación es al mismo tiempo causa y fruto de la amistad, y tiende a aumentar, sin límites: hasta *sentir al amigo como otro yo, por lo que dice San Agustín: "Bien dijo de su amigo el que le llamó la mitad de su alma"* (Confess. IV, 6, 11)¹⁹.

Se comparten entonces con confianza y naturalidad las alegrías y las penas. No queda espacio para el egoísmo, porque *lo propio de la amistad es darse, salir de la torre de marfil en la que cada uno tiende a refugiarse*²⁰.

Es lógico que esa amistad tienda a establecerse con quienes están próximos por motivos de trabajo, de aficiones, de carácter; ya que *donde principalmente se realiza esa comunicación es en la convivencia. De aquí que el convivir sea propio de la amistad*²¹. La convivencia —que es vivir con los demás— acrisola la amistad: el amigo convive con el amigo, le busca. Le conoce bien, y le quiere; y porque desea para él lo mejor, no le alejan sus defectos y otras circunstancias que le rodean. Le comprende y, al mismo tiempo, le da ejemplo y le ayuda. La amistad pide, en definitiva, dar al amigo lo mejor de uno mismo. Los dos se trascienden; los dos se enriquecen; los dos se aceptan como son: no encuentra tropiezos la confianza sincera.

Ciertamente —escribe San Ambrosio— *consuela mucho en esta vida tener un amigo a quien abrir el corazón, desvelar los propios secretos y manifestar las penas del alma; alivia mucho poseer un hombre fiel que se alegre contigo en la prosperidad, comparta tu dolor en la adversidad y te sostenga en los momentos difíciles. ¡Qué hermosa es la amistad de los tres muchachos hebreos! Ni siquiera la llama del horno fue capaz de*

(17) Del Padre, Tertulia, 11-IX-1979, en Crónica, 1979, p. 1014.

(18) *Ibid.*

(19) Santo Tomás, S. Th. I-II, q. 28, a. 1.

(20) Del Padre, Tertulia, 10-IX-1979, en Crónica, 1979, p. 1013.

(21) Santo Tomás, In ethica Aristoteles ad Nicomacum expositio 9, 14.

separar sus corazones. Bien a propósito escribió el santo David: "Saúl y Jonatán, hermosos y queridísimos, inseparables durante la vida, tampoco se separaron en la muerte" (II Sam. I, 23)²².

La amistad, como todas las realidades humanas buenas y nobles en sí mismas, puede y debe sobrenaturalizarse. Para el cristiano no cabe sólo una amistad simplemente humana; si no fuera también cristiana acabaría desnaturalizándose, falseándose. *No hay amistad verdadera* —afirma San Agustín— *sino entre aquéllos a quienes Tú, Señor, aglutinas entre sí por medio de la caridad, derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo*²³. Con ese fundamento, cobra un valor y un alcance insospechados.

Además, aunque la amistad tiende a ser constante y perseverante en sus afectos —*no cambiemos de amigos como hacen los niños, que se dejan llevar por la ola fácil de los sentimientos*²⁴—, para que sea inmovible ha de fundarse en Jesucristo. Si alguna vez se deshiciera, sería señal de que esa amistad no dio con la raíz sobrenatural. De ser así, nada terreno, nada material hubiera podido destruir lo espiritual. El amor que tiene por motivo a Cristo es firme, inquebrantable e indestructible. Nada, ni las calumnias, ni los peligros, ni la muerte, ni cosa semejante, será capaz de arrancarlo del alma. El que así ama, aun cuando tenga que sufrir cuanto se quiera, no dejará nunca de amar si mira al motivo por el que ama. El que ama por ser amado, terminará con su amor apenas sufra algo desagradable; mas el que se liga con la caridad de Cristo, jamás se apartará de esa caridad²⁵.

Por eso habrá que buscar ese cimiento fuerte, el amor a Cristo y de Cristo, que se dará con la ayuda de la gracia y por medio de la comunicación de vida que se ha establecido con el amigo. Nace entonces, de una manera natural, el apostolado. *Obraréis así, hijas e hijos míos* —nos escribía nuestro Padre—, *no ciertamente para usar la amistad como táctica de penetración social: eso haría perder a la amistad el valor in-*

(22) San Ambrosio, *De officiis ministrorum* III, 22, 131.

(23) San Agustín, *Confessiones* IV, 4, 7.

(24) San Ambrosio, *De officiis ministrorum* III, 22, 127.

(25) San Juan Crisóstomo, *In Matthaicum homiliae* 60, 3.

trínseco que tiene; sino como una exigencia —la primera, la más inmediata— de la fraternidad humana, que los cristianos tenemos obligación de fomentar entre los hombres, por diversos que sean unos de otros.

Y al mismo tiempo, por amor a Dios: porque la amistad facilita la confidencia; y hace así posible el apostolado de la doctrina, el acercamiento al Señor de esas almas, de esos amigos cuyo bien deseamos ²⁶.

(26) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940, n. 54.

[Anterior](#) - [Siguiente](#)

[Volver al índice de Cuadernos 7: Vocación y apostolado](#)

[Volver a Libros silenciados y Documentos internos](#)

[Ir a la correspondencia del día](#)

[Ir a la página principal](#)